

tó un tan extraordinario número de papeles sediciosos, incendiarios e insultantes, que estuvo muy próximo el momento de una sedición activa en esta capital, principiando a manifestarse con aparatos violentos con motivo de la primera elección popular para Ayuntamiento, que fué también el primer triunfo efectivo de los rebeldes. Descompúsose el populacho preparado con los papeles, y alentado por los malos que se mezclaron en la multitud; se inundó la ciudad de pelotones de gente que por ser de noche conducían gran número de hachones; gritaron *vivas* a Morelos, a la independencia y a los electores, todos americanos, sospechosos, y la mayor parte infidentes; vocearon *muertes* a los europeos y su Gobierno; intentaron forzar la torre de la Catedral para soltar las campanas, y osaron presentarse ante el Palacio a pedir la artillería. La imprenta libre quedó, pues, suprimida, y yo representé vivamente a la regencia, suspendiendo también el cumplimiento de otra orden que se me comunicó después, para que, no obstante dicha ocurrencia pusiese en ejercicio aquella ley constitucional.»

La represión gubernativa a que se refiere Calleja fué tan enérgica y completa, que ya en 1816 el silencio había vuelto a conquistar sus

viejos dominios en Nueva España. La revolución misma parecía vencida y exangüe. Los grandes caudillos habían sucumbido fiera y gloriosamente. La sangre de Morelos había sido lavada, según la heroica leyenda, por las aguas piadosas del lago de San Cristóbal. México dormía en un triste sopor de anemia. La libertad, momentáneamente, enmudecía.

Pero en 1817, con la romántica expedición de Mina, vino un libro insurgente que ya en España andaba causando alboroto. El autor, que lo escribió en Londres, lo trajo a México en su equipaje de revolucionario. Se llamaba *Historia de la Revolución de Nueva España*. Lo firmaba el señor don José Guerra, doctor de la Universidad de México. Bajo este nombre, compuesto con uno de los suyos de pila y el apellido materno, se ocultaba un escritor conspicuo, un ser extraordinario, un aventurero de novela: fray Servando Teresa de Mier.

* * *

Fray Servando Teresa de Mier y Noriega y Guerra fué el criollo más batallador e inquieto de la época: un espíritu de alas muy grandes que se sentía estrecho y prisionero en la jaula de hierro de las preocupaciones. Obligado quizá

por las cariñosas urgencias de los padres, sugerido, de pronto, y ofuscado por las insinuaciones constantes de amigos y allegados; empujado, por la necesidad social que la nobleza de su abolen-go le imponía, a la carrera eclesiástica, tomó el hábito dominico, que él sintió siempre como si llevase una camisa de fuerza; le oprimía y le desesperaba. A los veintisiete años de edad era doctor de la Universidad de Nueva España. Comenzaba también a ser un rebelde. Su *inadaptación* al medio claustral era tan cierta, que en el convento mismo predicaba contra las reglas. Mier, dice un biógrafo, sostenía entre los profesores *que los votos eran impracticables, las tentaciones muchas, y el mal ejemplo acaba por arrastrar al mejor.*

Ilustrado, nutrido de enseñanza filosófica, insaciable lector, observador en grande de las cosas, como que sabía remontar muy alto su pensamiento, empezó a vivir en ese período especial de nuestra historia, que inicia la borrasca política. Sus reflexiones, hondas y rápidas, le llevaron muy lejos. Era un consultor apasionado de los enciclopedistas. Y el espectáculo de la Revolución Francesa y de la independencia de los Estados Unidos había saturado su corazón de amor a la libertad. La ensalzaba sin circun-

loquios y sin miedos. Con un candor infantil expresaba y explicaba ardorosamente sus ideas.

Los inquisidores frunció el ceño. Los frailes españoles empezaron a verle con intranquilidad. El clero mestizo, por el contrario, lo vió con simpatía y extrañeza. El talento vivaz, la concepción rápida, la palabra insinuante y fácil de Mier, eran peligrosos. El Gobierno virreynal, que le tuvo desconfianza, pidió informaciones secretas acerca del modo de pensar del dominico. Las obtuvo alarmantes. Dentro del hábito blanco y negro del doctor, se ensanchaba, ansioso de aire libre, un pecho de revolucionario.

El arzobispo Haro, que preveía y quería contener el levantamiento de los criollos contra los *gachupines*, se propuso dar un enérgico golpe político, so capa de defensa a los dogmas, persiguiendo en Mier, la idea todavía imprecisa aunque ya extendida ocultamente, de la *Independencia*.

Las persecuciones, las prisiones, los trabajos y pesadumbres que sufrió el doctor Mier, llenan la existencia de este hombre raro, sagaz y cándido, tímido y audaz, sencillo y complicado, humilde y orgulloso a un tiempo, como si la Naturaleza se hubiese complacido, en formar un espíritu con antítesis y paradojas.

Fué el suyo un continuo agitarse y debatirse entre las trampas de un largo proceso eclesiástico, cuyo origen es un sermón pronunciado por Mier el día 12 de diciembre de 1794, en el Santuario de Guadalupe. En esta pieza de oratoria sagrada, el doctor pretende desvanecer la leyenda de la aparición de la Guadalupana al indio Juan Diego, sustituyéndola con una sutileza de investigación arqueológica, a saber: la Virgen de Guadalupe fué traída a México por Santo Tomás, que hizo su misteriosa visita a la América en los tiempos precortesianos. La tesis, tan atrevida para aquellas épocas de fanatismo pesado y denso, quitaba el misterio de lo sobrenatural a la vieja pintura. El sermón de Mier, atiborrado de teología, muestra más el ingenio que la convicción, y por encima de todo, muestra asimismo el deseo de arrancar una absurda y grosera superstición.

En la primera carta del novoleonés (había nacido en Monterrey) al doctor don Juan Bautista Muñoz, Cronista Real de las Indias, en el año de 1797, se encuentra el siguiente significativo pasaje:

«Si yo hubiese predicado contra la tradición como se me ha acusado, le respondería con las palabras de San Gregorio Magno, sobre el 9.º

de Ezechiel: *quando de veritate scadulum, utilius permittitur nasci scandulum, quan ni veritas relinquitur*. Pero fué todo lo contrario, Señor. Intenté defenderla en mi sermón de 12 de diciembre de 1794, a estilo de los sermones de Guadalupe en México que se han convertido en disertaciones apologéticas contra los españoles indios, que, como no nacieron en esa creencia, y tienen mucho de rivalidad nacional, no cesan de objetarnos las muchas dificultades que están saltando a la vista. Para evadirlos tomé un nuevo rumbo en que sacrifiqué alguna circunstancia no admitida tampoco por la congregación de ritos; y lo más que de aquí podía deducirse en último resultado, es que yo no creía la tradición artículo de fe, a la cual no puede añadirse ni quitarse, ni menos creía tales cada uno de sus episodios. Pero de eso tomó pretexto el arzobispo Haro para perseguirme hasta perderme, como a otros muchos americanos sobresalientes, porque tiene la misma tema contra nosotros que su paisano Don Quijote de la Mancha contra los encantadores, follones y malandrines».

La donosura con que están escritas las Memorias de este hombre insigne las hace, ya no sólo interesantes y curiosas, sino por extremo entretenidas y llenas de gracia. Páginas hay en ellas

que se podrían confundir con las de alguna novela picaresca española; contienen la narración de una serie interminable de aventuras y desventuras que produce el efecto de algo inverosímil e inventado para solaz de la imaginación. Sin embargo, un aliento de verdad y de sinceridad anima la acción y mueve a los personajes. Con un poco de atención, se ve que las observaciones todas están hechas sobre la realidad palpante, y que cuanto allí se cuenta ha sido vivido, si bien nerviosa y exaltadamente, por un hombre altivo, tenaz, ingenioso, fecundo en recursos salvadores, audaz hasta la temeridad, incoherente, a veces, hasta la insensatez; pero sostenedor constante, paciente, inflexible de sus ideas, de sus derechos, y, por encima, el primero de todos: el derecho a ser libre.

Apología llama Mier a su autobiografía. Parece haberla escrito en el año de 1819. Y así da principio:

«Poderosos y pecadores son sinónimos en el lenguaje de las Escrituras, porque el poder los llena de orgullo y envidia, les facilita los medios de oprimir y les asegura la impunidad. Así la logró el arzobispo de México don Alonso Núñez de Haro en la persecución con que me perdió por el sermón de Guadalupe, que, siendo entonces

religioso del orden de Predicadores, dije en el Santuario de Tepeyacac el día 12 de diciembre de 1794. Pero «vi al injusto exaltado como cedro de Libano, pasé, y ya no existía». Es tiempo de instruir a la posteridad sobre la verdad de todo lo ocurrido en este negocio, para que juzgue con su acostumbrada imparcialidad, se aproveche y haga justicia a mi Memoria, pues esta apología ya no puede servirme en esta vida que naturalmente está cerca de su término en mi edad de cincuenta y seis años. La debo a mi familia nobilísima en España y en América, a mi Universidad Mexicana, a la orden a que pertenecía, a mi carácter, a mi religión y a la Patria, cuya gloria fué el objeto que me había propuesto en el sermón.»

Como es natural, la tal narración es apasionada, y en muchos pasajes violenta. Desde el punto de vista que toma el doctor Mier, las injusticias resultan monstruosas, las gentes perversas y venales, los conventos focos de intriga e inmoralidad, y la sociedad española, lo mismo en España que en América, corrompida, hipócrita, enferma de malicia, de frivolidad y de miedo. Perseguido fray Servando, encarcelado, enviado a España, sujeto a condenación eclesiástica de diez años de reclusión en las Caldas de Santan-

der, entabla un formidable combate de intelecto y de acción contra los altos dignatarios de la Iglesia, contra el arzobispo Haro, contra los covachuelistas del Palacio Real, contra la Corte, contra el Consejo de Indias, contra los frailes dominicos, sus guardianes y espías. Cada conflicto, cada dificultad, los salva con su audaz y supremo recurso: la evasión. Cuando aprieta mucho la mano gigantesca y sombría del proceso, fray Servando, resbaladizo y sutil, se escapa. Sus ardidés llevan el sello de una indómita decisión: corta plomos, quita rejas, forcejea con muros, se descuelga por cordeles hechos con las ropas de la cama; hace instrumentos de las varillas de hierro del catre; escala tapias, aprovecha rendijas, es, en fin, un prisionero de novela, un presidiario de folletín, un *Rocambole* del siglo XVIII.

Desde que principia, con la persecución del arzobispo Haro, en México, hasta que termina el relato de la *Apología*, la idea de la fuga es una obsesión que no abandona a Mier. Y refiere las que llevó a término o las que concibió solamente, con una sencillez conmovedora. De paso, no cesa de mostrar la corrupción y venalidad del medio en que vivía. Oid cómo nació en él esta idea de la fuga. El día 28 de diciembre de 1794,

el Padre superior del convento de los Dominicos de México, pidió a fray Servando, de orden del Provincial, la llave de su celda. Desde aquel momento quedaba detenido, a pesar de las protestas y razones del doctor Mier. Este veía venir la tempestad deshecha; oía los primeros rumores; sentía las primeras y crueles ráfagas. El atrevido predicador contra el milagro guadalupano, para salvarse, escribió una retractación forzada. Pero los días pasaban; y un angustioso presentimiento conturbaba el ánimo del prisionero.

«Y una noche—dice él—melancólico y desvelado sobre la ventana de mi celda, vi a un fraile que a deshora de la noche escapaba del convento para ir a ver a una vestal que había sacado de la casa de mi barbero. Me ocurrió entonces que yo también podía salir a dar un poder con que interponer recurso de fuerza ante la Real Audiencia, retractando las dos retractaciones que se me habían sacado por violencia y engaño. Y llamando a un religioso amigo, le encargué se informara de aquel fraile, por dónde salió y cómo no hallaba dificultad...»

Este es el objeto constante de su fuga: ir siempre en busca de justicia más alta que lo libre de venganzas. Y el delirio del *perseguido*, en efecto, exalta la viveza de su temperamento. Primero,

en México, quiere librarse de Branciforte, «Caco venalisimo», que contra él hubiera prestado auxilio a su compadre el arzobispo, y del Provincial, que hubiera también ayudado a este prelado en sus infames maquiavelismos. Se contemplaba sólo y débil. «Con los frailes—pensaba— nada se tiene que contar cuando el prelado es contrario; son esclavos con cerquillo como los militares con charreteras. Y si el perseguido sobresale, no debe contar en su comunidad sino con enemigos. El infierno se desencadena contra él; ya mi vida no era vida en el claustro: no se me perdonaba ningún medio para deslucirme, desacreditarme y perderme hasta con anónimos al Gobierno. Gandarias tampoco me había dejado otro bien que el hábito blanco que tenía sobre el cuerpo. Al cabo temí un veneno; este crimen no es tan raro: el mismo fraile que me había acusado de querer tomar un asilo, había envenenado a su maestro de novicios García el Malagueño.»

Después, en España, su preocupación, su enemigo, el aliado perverso de la injusticia y del mal, es el covachuelista León. Entre el *mare magnum* de desorden y vicio del reinado de Carlos IV, Mier se complace en recargar las tintas sombrías sobre este vulgar y sometido intrigan-

te. La máquina *burocrática* de entonces está descrita por Mier con cuatro desenfadados e intencionados rasgos, antes del análisis que hace de ella el acusado fraile:

«Vía reservada no es el Rey, como se piensa por acá, que sepa lo que se le quiere hacer saber. Es la Secretaría o Ministerio correspondiente, compuesto de varios oficiales, divididos en clases de primeros, o segundos, etc.; de los cuales hay uno mayor absolutamente, que está al lado del ministro, y otro llamado también mayor, que está en la Secretaría y que es el que le sigue en antigüedad. Llámense covachuelos porque las Secretarías donde existen están en los bajos o covachas del Palacio. Y cada uno tiene el negociado de una provincia o reino, así de España como de las Indias.

»De estas hay Secretarías aparte o, digamos así, covachuelos, en los Ministerios de Gracia y Justicia y de Hacienda. A estos empleos se va, como a todos los de la Monarquía, por dinero, mujeres, parentesco, recomendación o intrigas: el mérito es un accesorio sólo útil con estos apoyos. Unos son ignorantes, otros muy hábiles; unos, hombres de bien y cristianos; otros, pícaros y hasta ateístas. En general son viciosos, corrompidos, llenos de concu-

binas y deudas, porque los sueldos son muy cortos. Así es notoria su venalidad.

»A la mesa de aquel covachuelo que tiene el negociado de un reino, va cuanto se dirige, de él a la vía reservada. Y, o se limpia con el memorial, o le sepulta si no le pagan, o informa lo contrario de lo que se pide. En fin, da cuenta cuando se le antoja, y el modo de darla es poniendo cuatro rengloncitos al margen del memorial, aunque éste ocupe una resma de papel; y si pone seis rengloncitos, ha tenido empeño sobre el asunto. En ellos dice que se pide tal y tal; y si es covachuelo de los primeros o segundos, dictamina, esto es, resuelve en favor o en contra.

»Carlos IV estaba siempre, según las estaciones, en los sitios reales de Aranjuez y El Escorial, distantes unas siete leguas de Madrid, o en La Granja, distante catorce, y sólo dos temporadas en Madrid, donde casi nada se sospechaba, ni aun se desenvolvían los líos de las Secretarías. Se enviaban, pues, desde las Secretarías de Madrid al sitio, los memoriales, con los informes de los covachuelos; a veces, carros de papel. El oficial mayor que está al lado del ministro los recibe; y cuando éste ha de tener audiencia del Rey, que la da dos o tres veces a cada ministro cada semana, por la noche, mete una porción de

aquellos memoriales en un saco que lleva el papel de bolsa. En cada memorial el ministro lee al Rey el informito marginal del covachuelo. El Rey a cada uno pregunta lo que se ha de resolver: el ministro contesta con la resolución puesta por el covachuelo, y el Rey echa una firmita. A los cinco minutos dice Carlos IV: «basta»; y con esta palabra queda despachado cuanto va en la bolsa, según la mente de los covachuelos, a cuyo poder vuelve todo desde el sitio para que se extiendan las órdenes. Ellos, entonces, hacen decir al Rey cuanto les place, sin que el Rey sepa ni lo que pasa en su mismo Palacio, ni el ministro en el reino. Ni se limitan los covachuelos a extender sólo las órdenes que se les mandan poner, o tocantes a lo que baja de arriba; ellos ponen lo que se les antoja, tocante a cualquier asunto, con tal que medie en su poder algún papel, informe, etc., del cual asirse para motivar la orden dada, caso de que por algún fenómeno se llegue a pedir razón de ella. ¿Quién se ha de atrever a acusar a un hombre que manda lo que quiere en nombre del Rey?»

Las peripecias de esta carrera de obstáculos se suceden sin interrupción. Fray Servando, fugitivo, recorre España, se escapa a Francia, pasa a Italia, vuelve a Madrid, sale a Portugal, va a